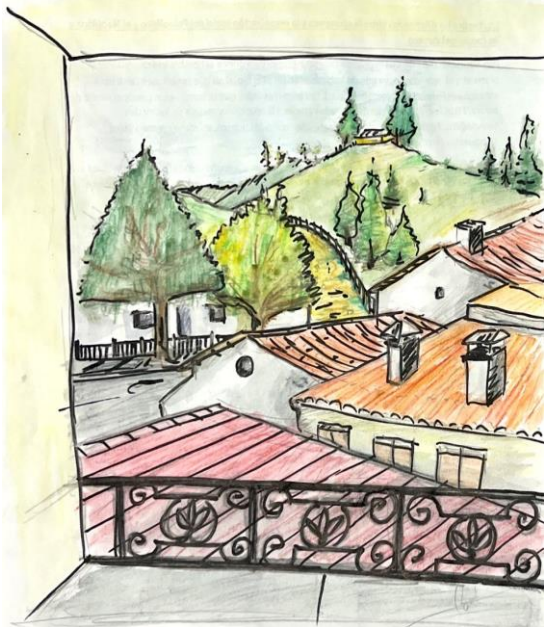


## **YO PENSABA QUE...**

Hace ya tres años que mi vida no es la misma. Un trozo de cielo habita en mi corazón.

No es tu ausencia, sino el recuerdo de una vida plena a tu lado.



Por eso, cada 18 de diciembre recorro ese camino que me resulta tan familiar. Paso a paso discuro por esa senda de piedras, arena y trozos de cemento pulido que me acercan de nuevo a ti. Bajo ese gran árbol que nos da cobijo, me siento a tu lado y pienso que, aunque no supieras quién soy, seguirías sabiendo que te quiero.

Desde que tengo memoria, mi abuela Petra siempre estaba presente en mi día a día.

Mis padres trabajaban y era ella la que hacía de despertador. Entraba en mi habitación, subía la persiana, se sentaba en mi cama y me cantaba la misma canción todos los días:

*“Arriba cachipurriana*

*que se te seca el tomate,*

*se te queman las tostadas*

*y se enfría el chocolate”.*

Después me acompañaba a la escuela y también venía a recogerme a la salida.

Muchos días se sentaba conmigo a hacer los deberes y después de terminarlos salíamos al parque, excepto los días lluviosos y fríos, en los que nos quedábamos en

casa cocinando palomitas, viendo dibujos, construyendo puzles, haciendo manualidades o sopas de letras en las que competíamos a ver quién encontraba todas las palabras en el menor tiempo posible. Pero no todo siempre era tan bonito e idílico como parece. Mi abuela también era una mujer mayor que quería saberlo todo y se metía en todo, o eso me parecía a mí. Cuantas veces recuerdo situaciones en las que yo protestaba y ella me daba siempre el mismo argumento: “Algún día lo entenderás. Todo lo que hago y digo es porque te quiero, te cuido y me preocupo por ti”. Yo no quería reconocerlo, pero en el fondo sentía que era verdad. Aunque a veces me enfadaba, no tardaba en darme cuenta de que no podía estar molesta con ella, así que no pasaban ni cinco minutos que me acercaba a ella y hacíamos las paces con nuestro saludo de gnomo. Me encantaba juntar mi nariz con la suya y frotarlas, sobre todo porque así siempre acabábamos con una sonrisa y un abrazo.

Siempre estuvo a mi lado y escuchaba las historias que le contaba. En aquel momento seguramente no era tan consciente como lo soy ahora, pero había algo cierto en mi realidad, y es que mi abuela me enseñó muchísimas cosas; me enseñó a buscar setas, a jugar a la brisca, a hacer bizcochos y como era habitual, después de contarle mis aventuras, la miraba y esperaba su... REFRÁN, porque esa era otra de sus cualidades, era una abuela refranera y, dijeras lo que dijeres e hicieras lo que hicieras, ella siempre tenía un refrán que decir:

*“Vamos perezosa, que al que madruga Dios le ayuda.*

*Come que te vas a quedar pequeña. Barriga llena, corazón contento.*

*Te crees que la vida es jauja.*

*Haz caso que más sabe el diablo por viejo que por diablo.*

*No estés triste cariño. Al mal tiempo buena cara”.*

Dicen que la convivencia es eso, una mezcla de bueno y malo, de imperfecciones que debemos ir puliendo desde el respeto y el amor. Esto me lo ha enseñado la vida porque llegó el día en que mi abuela cambió una rutina de tantos años. Ya no era la que me despertaba cada mañana con su canción, pero yo pensaba que era porque me regaló un despertador. Su presencia ya no era tan habitual, pero yo pensaba que era a causa de que me estaba haciendo mayor. Ya no hacía conmigo los deberes, pero yo pensaba que era debido a que ahora estaba mi madre en casa. Sus refranes iban siendo cada día más escasos, pero yo pensaba que era porque ya me había dicho tantos que no sabía más.



Su voz no era la misma ya que había cambiado con el tiempo, de tal forma que cada vez eran más habituales los silencios en ella, y su mirada estaba difusa, hasta que llegó un día en el cual no recordaba mi nombre, ni el saludo del gnomo, ni...

Yo pensaba que simplemente era la edad, pero con el tiempo recordé que quien busca la verdad corre el riesgo de encontrarla, y vaya si la encontré. Yo creía que simplemente mi abuela estaba cumpliendo años, pero lo que encontré es que mi abuela tenía Alzheimer.

Desde ese instante el ambiente en casa cambió por completo. A pesar de esta cruel enfermedad, ella nunca dejó de sonreír. Sin embargo, sus recuerdos iban

desapareciendo y su esencia se desvanecía hacia la nada más deprisa de lo que hubiera deseado. Tanto fue así que una mañana, al entrar a su habitación y cantarle su canción favorita, descubrí que se había ido para siempre, y con ella, su sonrisa también. Un sentimiento enorme de tristeza se apoderó de mí, pero recordé unas sabias palabras que mi abuela había dicho antes de perderse a sí misma: “El dolor ante la muerte de una persona será algo temporal, ya que su presencia vivirá para siempre en tu memoria”.

Hoy, 18 de diciembre, con 15 años, bajo este árbol y sentada a los pies de su tumba,

hago honor a mi promesa;



Una vida, mi abuela,

un lugar, este,

una fecha, tu cumpleaños,

y un regalo, el tercer refrán:

“A buen entendedor, pocas palabras bastan.”

